

El Espíritu Santo

Estudio de la Biblia: Hechos 1-4



El primer capítulo empieza con un recordatorio del mandato que Jesús les hizo antes de ascender al Cielo.

Mientras comía con ellos, Jesús les ordenó: «No se vayan de Jerusalén hasta que el Padre les envíe el regalo que les prometió, tal como les dije antes. Juan bautizaba con agua, pero en unos cuantos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo. ... Recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes».
(Hechos 1:4-5,8)

¿Obedecieron? ¿Esperaron?

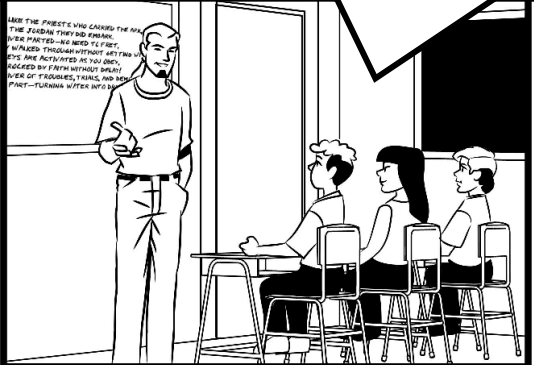


Si.



¿Por qué?

Porque fue un mandato de Jesús. Y con ese mandamiento iba una promesa, como en casi todos los mandamientos. Toda promesa tiene su condición.



Si guardaban el mandamiento, ¿qué pasaría? ¿Cuál es el versículo clave?



Recibirán poder cuando el Espíritu Santo descienda sobre ustedes; y serán mis testigos, y le hablarán a la gente acerca de mí en todas partes (Hechos 1:8)



Después los apóstoles regresaron del monte de los Olivos a Jerusalén, a un kilómetro de distancia. Todos se reunían y estaban constantemente unidos en oración junto con María la madre de Jesús, varias mujeres más y los hermanos de Jesús. (Hechos 1:12,14)

El día de Pentecostés, todos los creyentes estaban reunidos en un mismo lugar. (Hechos 2:1)

En el Antiguo Testamento Pentecostés se celebraba 50 días después de la Pascua, la fiesta de las primicias o fiesta de la siega.

De repente, se oyó un ruido desde el cielo parecido al estruendo de un viento fuerte e impetuoso que llenó la casa donde estaban sentados. Luego, algo parecido a unas llamas o lenguas de fuego aparecieron y se posaron sobre cada uno de ellos. Y todos los presentes fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otros idiomas, conforme el Espíritu Santo les daba esa capacidad.

En esa ocasión, había judíos devotos de todas las naciones, que vivían en Jerusalén. Cuando oyeron el fuerte ruido, todos llegaron corriendo y quedaron desconcertados al escuchar sus propios idiomas hablados por los creyentes. (Hechos 2:2-6)

Entonces Pedro dio un paso adelante junto con los otros once apóstoles y gritó a la multitud: «¡Escuchen con atención, todos ustedes, compatriotas judíos y residentes de Jerusalén! ... Lo que ustedes ven es lo que el profeta Joel predijo hace mucho tiempo: “En los últimos días—dice Dios—, derramaré mi Espíritu sobre toda la gente. Sus hijos e hijas profetizarán. Sus jóvenes tendrán visiones, y sus ancianos tendrán sueños. En esos días derramaré mi Espíritu aun sobre mis siervos—hombres y mujeres por igual—y profetizarán. (Hechos 2:14-18)



En los versículos 14 al 39 encontramos un magnífico sermón de Pedro: Fue una especie de explicación para los oyentes, a fin de que comprendieran lo que estaba ocurriendo. Al predicar el Evangelio a la gran multitud que acudió atraída por el milagro, los discípulos obtuvieron resultados fabulosos.

Lo fundamental que sucedió aquella mañana no fueron las profusas muestras del poder de Dios ni el que muchas personas se pusieran a hablar en lenguas. Lo más importante fue lo que se consiguió:

Los que creyeron lo que Pedro dijo fueron bautizados y sumados a la iglesia en ese mismo día, como tres mil en total. (Hechos 2:41)

Jesús afirmó que el Espíritu Santo les daría poder para testificar. La primera vez que los discípulos recibieron ese poder, testificaron y obtuvieron frutos acordes con la finalidad que el Señor perseguía: 3.000 conversos.



* Testificación

Ya hablamos de que el propósito principal de la venida del Espíritu Santo es que los discípulos testifiquen. Una de las acepciones del término testificar es «declarar como testigo». ¿Cómo dar entonces testimonio de la fe que se profesa? Entre nosotros, no hay muchos que están preparados o en condiciones de ponerse de pie delante de 3.000 personas, pero ese no es el único método para dar a conocer la fe. Hay muchas otras formas de comunicar nuestras creencias a los demás, que es lo que el Señor espera que hagamos.

- Hablar con nuestra familia sobre lo que estamos aprendiendo.
- Hablar de Jesús y la Salvación con los compañeros de estudio.
- Cuando salimos de compras o trámites, hablar con la gente y hacerles saber que Dios los ama.
- Repartir folletos.
- Invitar a la gente a ir a conocer a otros creyentes

Leyendo los capítulos 3 y 4 del libro de los Hechos observamos otras consecuencias de haber sido investidos los discípulos por el Espíritu Santo.

Cierta tarde, Pedro y Juan fueron al templo ... Mientras se acercaban al templo, llevaban cargando a un hombre cojo de nacimiento. Todos los días lo ponían junto a la puerta del templo, para que pidiera limosna a la gente que entraba. Cuando el hombre vio que Pedro y Juan estaban por entrar, les pidió dinero.

Pedro le dijo: «Yo no tengo plata ni oro para ti, pero te daré lo que tengo. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y camina!». (Hechos 3:1-6)

Entonces Pedro tomó al hombre lisiado de la mano derecha y lo ayudó a levantarse. Y, mientras lo hacía, al instante los pies y los tobillos del hombre fueron sanados y fortalecidos. ¡Se levantó de un salto, se puso de pie y comenzó a caminar! Luego entró en el templo con ellos caminando, saltando y alabando a Dios.

Toda la gente lo vio caminar y lo oyó adorar a Dios. Cuando se dieron cuenta de que él era el mendigo cojo que muchas veces habían visto junto a la puerta Hermosa, ¡quedaron totalmente sorprendidos! Llenos de asombro, salieron todos corriendo hacia el pórtico de Salomón, donde estaba el hombre sujetando fuertemente a Pedro y a Juan. (Hechos 3:7-11)

El apóstol Pedro aprovechó la oportunidad para comunicar el Evangelio. ¿Qué ocurrió? Predicó un contundente sermón y hubo otros cinco mil conversos; es decir, se salvaron otras 5.000 personas.

Mientras Pedro y Juan le hablaban a la gente, se vieron enfrentados por los sacerdotes, el capitán de la guardia del templo y algunos de los saduceos. Estos líderes estaban sumamente molestos porque Pedro y Juan enseñaban a la gente que hay resurrección de los muertos por medio de Jesús. Los arrestaron y, como ya era de noche, los metieron en la cárcel hasta la mañana siguiente. (Hechos 4:1-3)



Al día siguiente, el Concilio—integrado por todos los gobernantes, ancianos y maestros de la ley religiosa—se reunió en Jerusalén. Hicieron entrar a los dos discípulos y les preguntaron:

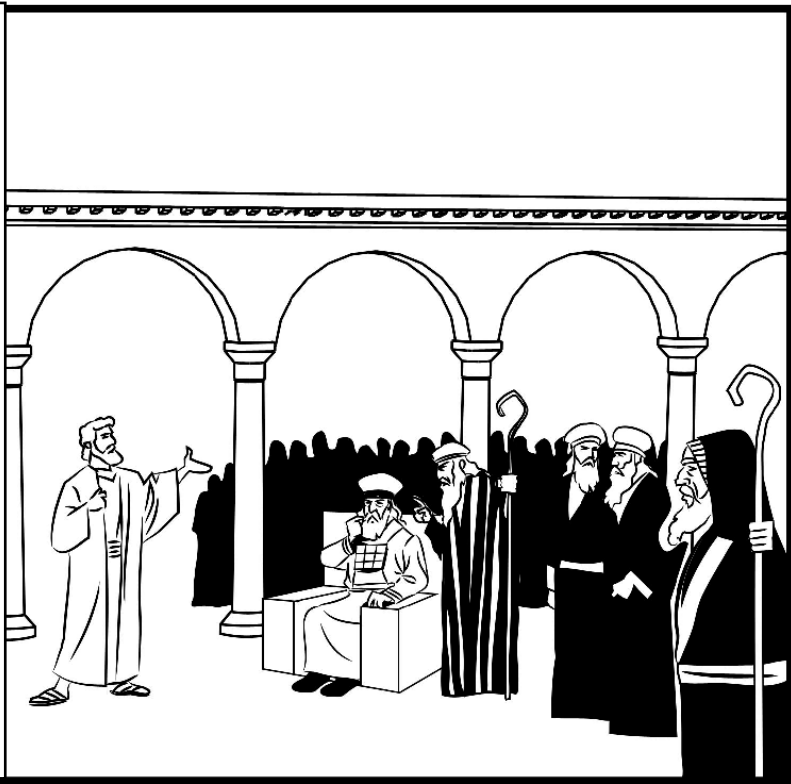
—¿Con qué poder o en nombre de quién han hecho esto?

Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo:

—Gobernantes y ancianos de nuestro pueblo, ¿nos interrogan hoy por haber hecho una buena obra a un lisiado? ¿Quieren saber cómo fue sanado? Déjenme decirles claramente tanto a ustedes como a todo el pueblo de Israel que fue sanado por el poderoso nombre de Jesucristo de Nazaret, el hombre a quien ustedes crucificaron pero a quien Dios levantó de los muertos.

Los miembros del Concilio quedaron asombrados cuando vieron el valor de Pedro y de Juan, porque veían que eran hombres comunes sin ninguna preparación especial en las Escrituras. También los identificaron como hombres que habían estado con Jesús. (Hechos 4:5-10,13)

Reflexionen un poco acerca del apóstol Pedro. Se trata del mismo que unas pocas semanas antes había negado que conocía a Jesús. En este pasaje, Pedro está resuelto a dar testimonio, cueste lo que cueste. Habla con elocuencia delante de las multitudes. ¿Cómo se produjo semejante transformación? Fue obra del Espíritu Santo.



[El Concilio les ordenó] que nunca más hablaran ni enseñaran en el nombre de Jesús. Pero Pedro y Juan respondieron: «¿Acaso piensan que Dios quiere que los obedezcamos a ustedes en lugar de a él? Nosotros no podemos dejar de hablar acerca de todo lo que hemos visto y oído».

Entonces el Concilio los amenazó aún más, pero finalmente los dejaron ir porque no sabían cómo castigarlos sin desatar un disturbio. Pues todos alababan a Dios por esa señal milagrosa, la sanidad de un hombre que había estado lisiado por más de cuarenta años.

Tan pronto como quedaron libres, Pedro y Juan volvieron adonde estaban los demás creyentes y les contaron lo que los sacerdotes principales y los ancianos les habían dicho. Cuando los creyentes oyeron las noticias, todos juntos alzaron sus voces en oración a Dios.

Después de esta oración, el lugar donde estaban reunidos tembló y todos fueron llenos del Espíritu Santo. Y predicaban con valentía la palabra de Dios. (Hechos 4:18-24, 31)

Los apóstoles dieron testimonio de manera contundente gracias a todas las experiencias que habían vivido y a que el Espíritu Santo se había manifestado en la vida de ellos.



Los creyentes comparten sus bienes

Todos los creyentes estaban unidos de corazón y en espíritu. Consideraban que sus posesiones no eran propias, así que compartían todo lo que tenían. No había necesitados entre ellos, porque los que tenían terrenos o casas los vendían y llevaban el dinero a los apóstoles para que ellos lo dieran a los que pasaban necesidad. (Hechos 4:32,34-35)

Dios es el Espíritu mismo del amor (Juan 4:24, 1 Juan 4:8), de modo que cuando Él nos llena de Su Espíritu Santo, Su amor brota a raudales de nuestro corazón hacia Él y hacia los demás.

¿Al salvarse, al aceptar a Jesús, se recibe automáticamente el Espíritu Santo?

Si has aceptado la salvación que te ofrece Jesús, ya has recibido una porción del poder del Espíritu Santo. Pero eso no significa que te hayas llenado de él.

Un vaso de agua constituye una buena ilustración. Si contiene al menos una pequeña cantidad de líquido ya se puede afirmar que es un vaso de agua. No tiene por qué estar lleno.

Muchos cristianos se asemejan a vasos que contienen un poco de agua, una porción del Espíritu de Dios. En cambio, los que han orado para ser llenos del Espíritu Santo son comparables a vasos rebosantes.

A veces, cuando nos falta un poco de inspiración o nos sentimos con necesidad espiritual, conviene orar para recibir una nueva infusión. Una mayor medida del Espíritu Santo sin duda nos hará bien.



Te damos gracias, Señor, por enviarnos el Espíritu Santo. Te pedimos, Jesús, que nos concedas una «renovación en el Espíritu Santo» (Tito 3:5). Te rogamos que nos des Tu Espíritu en mayor medida y que con ello nos inspires y nos llenes de Tu gran poder. No podemos hacer todo lo que Tú nos pides valiéndonos de nuestra propia fuerza o voluntad. Sabemos, sin embargo, que puedes obrar por medio de nosotros, tal como lo has hecho a lo largo de los siglos. Nos aconsejaste: «No con ejército, ni con fuerza, sino con Mi Espíritu» (Zacarías 4:6.) Danos Tu poder. Inspíranos. Concédenos una mayor medida de amor y un mayor vigor para testificar. Amén.

